

## IX.

### La muerte de un desgraciado.

Placial Estradère era algo fatalista.

Al ver que el tiempo transcurría sin obtener de la policía la menor noticia acerca del paradero de Cecilia y su hija, en vez de desesperar, se decía, por el contrario, que contaba con el más poderoso de los auxiliares. La casualidad.

¿Qué había sido de Cecilia? En *Scotland Yard* no habían podido hallar rastro alguno.

Acaso habría abandonado á Londres. Quizá habría regresado á Francia.

En cuanto á Genoveva, perdida en el hormiguero desconocido de White-Chapel, ¿cómo hallar rastro de un guijarro en un desierto de arena?

¿La policía, como el domador, contaba acaso con la casualidad?

Después de la representación en que el lord hizo á Placial una proposición tan extraña, había experimentado éste la necesidad de tomar el aire. Recorrió las calles, en un principio ruidosas y concurridas, después más silenciosas, y por fin casi desiertas.

Al atravesar la plaza de Trafalgar, en dirección del puente de Westminster, un ruido confuso como de quejas ó gemidos llamó su atención.

No se veía persona alguna en la vasta plaza.

El domador se paró para escuchar.

Alguien llamaba con voz desfallecida, con una singular expresión de sufrimiento, y la voz partía de las inmediaciones del pedestal de uno de los gigantescos leones de bronce allí colocados.

Placial se acercó.

Un hombre se hallaba recostado contra el gigantesco león, con las piernas extendidas, la espalda apoyada en el pedestal y los brazos caídos.

Este hombre, vestido de andrajos, era un anciano de cabellos blancos.

Era Bob, el viejo Bob, que, habiendo caído allí agobiado por los esfuerzos y la fatiga, llamaba la atención de aquel transeunte para que le socorriese, como él había socorrido á Genoveva la noche en que la recogió á la orilla del Támesis.

Hacía algunas horas que Bob estaba allí recostado, y se decía:

— ¡Hete aquí el término de tu carrera, viejo Bob!

Jamás el anciano se había sentido tan débil.

Se había alejado aquella tarde de White-Chapel con el propósito de recoger, si le era posible, algún detritus de fácil venta, para llevar alimento á la *Francesa*; pero, después de una larga excursión, se había sentido cansado y con la cabeza pesada.

En Temple-Bar, apoyado contra la pared de tablas donde fijan los carteles, y donde precisamente se anunciaba la apertura de la *Colección*

*Estradère*, se detuvo algunos momentos, próximo á caer.

—Lo más prudente sería volver á la choza,—se decía.

Después, recordando que nada había recogido, que nada había hallado, añadía:

—¡Vamos, viejo Bob, haz un nuevo esfuerzo!

Y entrando en un despacho de bebidas, pidió una copa de brandy, que le reanimó por un momento, y le permitió continuar su marcha.

Llegado á la plaza de Trafalgar, observó que todo giraba á su alrededor. Sintió una gran debilidad, y al apoyarse contra el pedestal, le acometió un desmayo, y cayó sin conocimiento.

Los transeuntes, creyéndole embriagado, pasaron de largo sin hacerle caso. ¿Cuánto tiempo estaba allí? Dos horas acaso.

Transcurrido este tiempo, el pobre anciano volvió en sí, y empezó á quejarse (más bien que quejas, eran recuerdos que salían de sus labios con ironía). Sus quejas atrajeron á Placial.

La leyenda del *Judío errante* simboliza la vida del pobre. Este, como aquel, no debe pararse sino cuando deje de existir. Nada importa que lleve los pies ensangrentados y el corazón también; nada significa que el alma desfallezca; que sus miembros estén cansados y enflaquecidos; que la edad le haya entumecido ó encorvado; que la enfermedad vaya destruyendo su organismo; que los achaques le imposibiliten; una voz; más imperiosa que la voz de un Dios irritado, la voz de sus propias necesidades, le dice: «*Marcha*», y él sigue marchando, sostenido por esperanzas que se desvanecen tan pronto como las pompas de jabón lan-

zadas por un niño, ó fortificado por la excitación del alcohol, triste vicio en que suelen caer los pobres desamparados.

Así el desdichado Bob había marchado siempre; así había marchado toda su vida; así había marchado durante setenta y dos años, hasta que al fin cayó agobiado en medio de una plaza de Londres.

El domador se inclinó sobre él.

Los grandes ojos abiertos del viejo brillaban como ascuas sobre aquel rostro lívido, que conservaba su habitual expresión de feroz ironía, y su aire hurraño y bondadoso á la vez.

—¿Estáis enfermo? ¿Tenéis hambre?—le preguntó Placial.

—Creo que ya no volveré á enfermar, y el hambre tampoco me causa miedo,—respondió Bob, que, muriéndose, permanecía siempre el mismo, irónico y picaresco.

—¿Dónde vivís?

—¡En el infierno!

—Tratad de ponerlos de pie. Apoyaos en mí. Así.... Está bien.

—¿Pensáis que me encuentro bien así? (dijo Bob, que se sentía próximo á desmayarse de nuevo.) A algunos se les pondría carne de gallina si se viesen como yo estoy. ¡Es un triste estado!....

—¡Vamos, vamos! Eso ha sido un vahído, y nada más.

—¡Vive Dios, que es bastante! ¡La campanilla que anuncia la marcha del tren! ¡Al coche, viejo Bob! ¡Aquí hemos concluido!.... ¡Es lástima!.... ¡Pobre niña!....—añadió él mismo, como si Genueva hubiera estado allí.

—¡El desgraciado tiene una hija!—pensó Placial.

Y con voz dulce y llena de compasión, le preguntó:

—¿De quién habláis? ¿De vuestra hija?

—No; sino de un ser á quien amo como se puede amar á un hijo. De una pobre niña que.... Pero *¡by God!* (dijo Bob.) Vos sois francés.... Y justamente la joven de quien hablo....

—¿Qué?...

—¡Es una francesa....; una niña rubia...., dulce, buena.... y honrada!.... Demasiadas cualidades para no ser desgraciada, ¿no es verdad?

—¿Una francesa?—repitió Placial, que se había conmovido acordándose de Cecilia.

—Sí; una francesa.... ¡El mejor de los corazones! ¡Pobre criatura!

Placial había contado con el azar; ahora le parecía que aquel azar estaba allí vivo, y que aquel anciano que acababa de encontrar medio muerto poseía el secreto perseguido.

—¿Y quién es esa niña?—preguntó.

—¡Una jovencita que se refugió en nuestra miseria para evitar la deshonra, y que el viejo Bob recogió el mismo día en que se escapó de casa de su madre!

—¿Su madre? ¿Tiene madre?... ¡Su madre! (repitió Placial, que se sentía como sacudido, atraído, comprimido el corazón por cada palabra del viejo.) ¿Cómo se llama esa niña?

—¿Y qué os importa?—dijo Bob, que hasta entonces había creído hablar consigo mismo.

—¡Es que yo busco...., yo busco en Londres una niña!.... ¿Quién sabe si esa niña?...

—¡Ah! ¿Buscáis? ¡Pues bien! ¡Si fuese á ella, *¡by God!*, haced que su madre no la encuentre jamás!....

¡Por evitarlo, la pobre pequeña ha querido matarse!

—¡Matarse! ¡Pero decid, decid el nombre de esa criatura!

—¡Genoveva!

—¡Genoveva! (repitió Placial, á quien este nombre no decía nada.) ¡Genoveva! ¿Y no sabéis nada más? ¿Nada de su vida, de su nacimiento? ¿De dónde ha venido? ¿Quién es?

El acento del domador era tan suplicante, que el viejo chocarrero se conmovió.

—Por mi fe (dijo), veo que eso os toca al corazón. Despachemos, pues todo gira á mi alrededor...., y temo perder el sentido. ¡Algunos antiguos amigos, ya muertos, me hacen señas desde allá abajo! Allá voy, hijos míos, ¡paciencia! Dejadme el tiempo necesario para informar á este *gentleman*.... Informarle.... ¿De qué? (dijo el viejo Bob interrumpiéndose.) Sé que se llama Genoveva, y que nació en París: he ahí todo. ¿El apellido? No se le he preguntado. ¡Su verdadero nombre debe ser *la bondad!* Mas, ¡esperad, caballero; esperad!.... Ahora recuerdo una cosa, que me ha impresionado con frecuencia. Cuando está dormida, y sueña en alguna cosa que la impresiona, ¡pobre niña!, sobre su frente, blanca como la nieve, aparece una mancha rojiza...., aquí, ved, aquí.... ¡Ah! ¡Ya no puedo ni mover los brazos!.... ¡No tengo fuerzas!.... En fin, entre las dos cejas aparece una mancha como de hez de vino.... Parece una mancha de sangre, y esta mancha, que desaparece pronto, se asemeja...., es particular, os lo aseguro; esta mancha se parece á un ramo de violetas rojas.

No había terminado la última frase el viejo Bob,

cuando Placial lanzó un grito terrible, lleno á la vez de espanto y de alegría. Aquella mancha roja, aquella mancha vinosa, aquel estigma impreso en la frente de la niña, en el mismo sitio en que el ramo de violetas empapado en la sangre de Francisco había marcado á Cecilia, ¿no era como un nombre que valía tanto como todos los demás, como una prueba que gritaba al domador: «Esa joven de que te habla el viejo, es la que buscas, es la hija de Cecilia, es quizás tu hija! Sí, ¡tu hija! Sí, ¡es ella, á no dudar! ¡Es ella!»

—¡El ramo de violetas!.... ¡Las violetas rojas!.... (repetía Estradère, por cuya frente corría un frío sudor.) Y esa niña (preguntó con voz tan anhelosa como la de aquel viejo, cuya respiración producía silbidos): esa niña, ¿dónde está?... ¿Dónde está?... ¡Quiero saberlo!.... ¡Necesito encontrarla!....

—Está en la cabaña del viejo Bob (respondió el moribundo). Mas si cualquiera la buscáse para hacerla daño, ¡sería un cobarde sin corazón!

—Si la encuentro (dijo Placial), es para protegerla y hacerla dichosa.... ¿Dónde está? ¿Dónde está?

El arrugado rostro de Bob recobró su expresión irónica habitual, y con una especie de exaltación fúnebre, contestó:

—El lugar donde se oculta, no es fácil de encontrar, caballero. Las personas decentes serían mal recibidas en él. Se halla muy lejos, en un rincón del Londres de la miseria y del crimen; del Londres que habitamos los desgraciados. Si queréis arrancarla de allí, armaos de paciencia y de audacia. Los compañeros de allá abajo serían capaces de defenderla, porque la tienen cariño. Aquellos malditos prac-

tican el mal; pero respetan la inocencia y la virtud.... En fin, es negocio vuestro. La gazapera donde yo habitaba está en *Blue gate field*, al extremo del barrio miserable, en *White Chapel*.

—*Blue gate field* (el Campo de la Puerta Azul), —repitió Placial, para grabar aquellas señas en su memoria.

Iba á preguntar de nuevo al viejo Bob, cuando el desgraciado le dijo, con una expresión de angustia indefinible:

—Ahora, caballero, dejadme morir tranquilo. ¡Ah! ¡Si yo tuviera un poco de *gin*! ¡De *gin*!—repitió con ansia, pasando su lengua seca por sus labios cárdenos y despellejados.

—¿Deseáis un poco de *gin*? (dijo Placial.) Acaso esos que vienen podrán proporcionároslo.

Y designó un grupo de hombres con cascos que se acercaban.

Era una ronda de policía. Bob, oyendo el ruido que producían sus pasos acompasados sobre el asfalto, dijo:

—¡Ah! ¡Helos aquí! ¡Son los *ojos de buey*!

Este es el nombre que se da á las linternas de vidrios convexos que usan por la noche los agentes. La ronda se adelantó; el sargento se aproximó al grupo, preguntando el nombre del anciano que Placial acababa de incorporar.

Bob alargó penosamente el brazo, y cogiendo un puñado de fango del arroyo que corría alrededor de la plataforma en que había caído, lo presentó al sargento, diciéndole en tono sarcástico y burlón:

—¿Queréis saber quién soy? ¿Cómo me llamo? Pues bien: anotad eso en vuestro registro.... ¡Un poco de lodo!....

Al oír esto, sintió Estradère escalofríos.

Aquel pobre envuelto en andrajos, que al llamarse *hijo del fango*, hacía alarde de su desnudez, era la encarnación viva de la miseria inglesa, y, por una extraña alucinación, el domador esperaba que de todos los edificios que rodeaban la Plaza de Trafalgar, saldrían pronto socorros para el anciano en sus últimos momentos.

Pero todos permanecieron cerrados y silenciosos, y hasta los muros parecían egoistas y sordos.

Los agentes llevaron al viejo Bob á la próxima estación de policía. Placial les siguió.

Hicieron beber al anciano un cordial que le reanimó, después de lo cual el sargento, con la pluma en la mano, interrogó de nuevo á aquel desgraciado, que, según su dicho, había *terminado su carrera*.

—¿Decididamente no queréis decirnos vuestro nombre?—dijo.

—Si os empeñáis....—respondió el viejo.

—Es indispensable....

—¡Me llamo Bob!

—¿Y qué más?

—Bob.

—¿Y vuestro apellido?

—Bob.

—Ese es el nombre. ¡Roberto ó Bob, no es un apellido!

—¡Es el mío!

—¿Habéis nacido?...

—En Londres.

—¿En qué barrio?

—¡No lo sé!

—¿Qué edad tenéis?

—Setenta...., setenta y dos...., setenta y cinco años; no lo sé á punto fijo.

—¿No sabéis nada entonces?

—Sé que he vestido el uniforme encarnado.... ¡Oh, hace ya mucho tiempo!, en 1815...., en Waterloo. No era viejo entonces.... ¡Ah! ¡cómo silbaban las balas entre los árboles del Vergel de Hougoumont! ¡*Pschist!* ¡*Pschist!* Es mi mejor recuerdo.... ¡Después del uniforme, los andrajos! Hubiera hecho mejor permaneciendo en el regimiento.... ¡Pero yo quería ser libre!.... ¡Como si el pobre pudiera serlo nunca!.... ¡Desde entonces he errado á la ventura...., tan largo tiempo!.... Siempre pobre, considerando un *penique* como un tesoro, pero la menor falta como una infamia. Por eso puedo comparecer ante el *Gran Lord* sin sonrojarme. ¡Ya es tiempo, pues, señores míos; ya es tiempo!... Estoy cansado, dolorido, fatigado.... En fin, os ruego me dejéis dormir.

El viejo Bob estaba tendido sobre un banco de la estación de policía, y el sargento había inscrito en un registro todas sus respuestas.

Cuando el viejo pronunció la última frase «*os ruego me dejéis dormir*», extendió sus enflaquecidos miembros sobre el banco de madera, con tanta voluptuosidad como hubiera experimentado al acostarse en un lecho de plumas. Una sonrisa extraña se dibujó en sus labios, y su rostro, curtido y arrugado, se contrajo con expresión suprema.

—¡Ah! (dijo, lanzando un prolongado suspiro de satisfacción.) ¡Qué bueno es el reposo...., y qué farsa tan ridícula la vida! ¡No quisiera, ni aun á cambio del virreynato de las Indias, tener que empezarla de nuevo!

—¿De veras? (dijo el sargento de policía.) ¡Sin embargo, no estáis tan cerca del fin como pensáis!

—Yo siento que sí (dijo Bob con su eterna sonrisa). Armazón (añadió, procurando golpearse el pecho con su mano, que apenas tenía ya fuerza para levantar): ¡vas á ser enterrado como un perro!... ¡Ah! ¡necia idea, y sin embargo me mortifica, me hace sufrir!... Hubiera querido....

—¿Qué hubierais deseado? (le preguntó Placial, observando que el pobre diablo movía la cabeza con pena y se mostraba inquieto, atormentado por una idea que no quería confiar.) Decidme, Bob: ¿qué es lo que hubiérais deseado?

—Nada. Un disparate. Pero.... ¡es raro! Haber vivido tantos años miserable, nada me importa. Morir con la idea de que se desembarazarán de mis despojos como de los de un ahorcado, esto me contrista. Es uno tonto, y no puede prescindir del amor propio. ¡Imbécil! — dijo, hablando consigo mismo, con voz que se debilitaba por momentos.

Pero el domador había adivinado en aquel mendigo el orgullo proverbial del pueblo inglés, el orgullo del *habeas corpus*, «tú tendrás tu cuerpo», que se traduce entre los pobres por una asociación, en la que cada uno contribuye con algunos *peniques* para constituir un fondo, con el cual uno por lo menos de entre los asociados, el designado por la suerte, obtiene el derecho de ser enterrado como un rico.

El inglés se preocupa mucho de su personalidad: Bob, arrastrando sus andrajos por los lodazales de San Gilles ó de Lambeth, se consideraba libre.

Mas su pensamiento se rebelaba ante la perspectiva del entierro siniestro de los vencidos en la fatídica lucha de la vida.

—Pues bien, Bob (repitió Placial, inclinándose hacia él); lo mismo si sobrevivís que si llegáis á sucumbir, os juro que tendréis los funerales de un millonario.

—¿Yo?... (dijo el anciano, cuyos ojos, medio cerrados, se animaron repentinamente.) ¿Qué es lo que habéis dicho?

—Digo que el que os ha recogido vivo hace un momento, cuidará de vuestro cadáver después de muerto. ¡Mas tengo la seguridad de que no moriréis!

—Al contrario (dijo el mendigo): ahora es cuando deseo morir. ¡Un entierro con penachos sobre las cabezas de los caballos! ¡Marchar allá abajo como un rico!... ¡Ser llevado en una carroza como un alderman ó como el Lord alcalde! ¡He visto pasar el cortejo fúnebre de Wellington! Él y yo estuvimos en Waterloo. ¡Y yo tendré caballos enjaezados como él!... ¡Yo, yo! ¡Bob, Bob, sin nombre! ¡el viejo Bob!... ¡Hurra!... Pero, ¡puede uno morir sólo por eso!... Vuestra mano, sir.... ¿dónde estáis?... ¡No os veo ya!....

Placial colocó su robusta mano sobre la mano ya sin fuerza del anciano, y permaneció así, con la vista fija en aquel desgraciado, cuyas pupilas no le apercibían ya, y cuyos labios habían enmudecido, pero que aún le demostraba su agradecimiento con la débil presión de sus dedos.

Bob pronunció todavía algunas palabras incoherentes.

—¡El reposo...., el reposo!... ¡Penachos ne-

gros.... á mí...., como á Wellington!... El reposo....  
¡Cómo reirán en White-Chapel!....

Sin estertor, sin hipo, sin agonía ni sufrimiento alguno, la vida de Bob se fué extinguiendo lentamente, como si se quedase dormido, reflejando en su rostro una alegría tranquila.

—¡*Good night!* ¡Buena noche!—dijo aún.

Y el viejo paria de la *City* de Londres se durmió definitivamente, para no despertarse jamás.

Estradère abandonó aquella arrugada mano que se helaba por momentos, y después de haber firmado el proceso verbal, se aproximó de nuevo al cadáver del pobre corredor nocturno, y con la última mirada le dió también su último adiós.

Después, volviéndose hacia los agentes, les preguntó:

—¿Cuánto cuesta en Inglaterra un entierro de primera clase? Deseo, como acabo de prometer, que este desgraciado sea enterrado como un rico.

Sobre el rostro del cadáver se habían grabado ya los rasgos majestuosos del eterno reposo, y, sin embargo, no se había borrado aún la expresión burlona que durante tantos años había estado como estereotipada en aquella fisonomía.

Se hubiera podido creer que la muerte tenía oídos, y que se mofaba ya de la última comedia de la vida.

—Se hará todo como queráis, señor (respondió el sargento de policía). Os entenderéis al efecto con quien tiene á su cargo estos asuntos.

He aquí por qué, dos días después, Bob, el viejo Bob, Bob el miserable, que, como los pájaros ó las ratas, se había alimentado toda su vida con las migajas caídas ó arrojadas del festín, tuvo á su muerte los funerales de un millonario.

## V.

En White-Chapel.

Bob se engañaba al decir que en el campo de la Puerta azul no corría peligro alguno Genoveva.

Hacía bastante tiempo que estaba como secuestrada en aquel antiguo barrio de Londres, donde la policía no penetra sino con grandes precauciones. Habían transcurrido muchos días, y la *Francesa*, aterrada ante la idea de caer de nuevo bajo la dominación de su madre, no había pensado siquiera en huir. Había llegado, y permanecía en aquel centro sombrío, y entre aquellos seres feroces, que se agitaban como sombras durante la noche, hallando entre ellos á la vez peligros y protección.

Una noche,—el viejo Bob no había regresado desde la víspera,—Genoveva oyó un fuerte ruido á su puerta, y aunque era poco curiosa, salió de su cabaña para saber lo que pasaba.

Hombres, mujeres y chicos corrían gritando y lanzando *hurras* de triunfo hacia un hombre llevado en hombros por otro de estatura y proporciones atléticas, que, distribuyendo apretones de manos entre la multitud, respondía: «Gracias, gracias, amigos míos», á aquellos que le acosaban gritando: ¡Victoria!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO